

# Miklós Bánffy

## Los días contados

Escrito en la pared. Trilogía transilvana I

Prólogo de Mercedes Monmany

Traducción de Éva Cserhádi y Antonio Manuel Fuentes Gaviño

Libros del Asteroide 

Primera edición, 2009

Título original: *Megszámláltattál*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Miklós Bánffy, 1934

© del prólogo, Mercedes Monmany, 2009

© de la traducción, Éva Cserhádi y Antonio Manuel Fuentes Gaviño, 2009

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de la cubierta: Castillo Bánffy en Bonchida.

Acuarela de Damián Flores.

© de la ilustración de cubierta, Damián Flores Llanos, 2009

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Santa Magdalena Sofía, 4, bajos

08034 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-92663-02-6

Depósito legal: B.14.732-2009

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño colección: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 10,5.

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

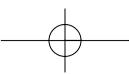
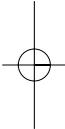
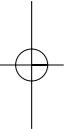


Libros del Asteroide agradece la ayuda de la Hungarian Book Foundation.



## Índice

Prólogo de Mercedes Monmany	IX
Los días contados	I
Primera parte	5
Segunda parte	113
Tercera parte	187
Cuarta parte	345
Quinta parte	445
Sexta parte	535
Mapas del Imperio Austrohúngaro	667



## Prólogo

### *Las ilusiones perdidas en la tierra (perdida) de Transilvania*

Con una alta dosis de ironía y con la melancolía propia de los que contemplan con lucidez el fin de una época y de los que embriagados de alegría y fiesta incesante la vieron escurrirse como brillantes y eternos granos de arena entre sus torpes dedos, el gran escritor, político y aristócrata húngaro Miklós Bánffy (Kolozsvár 1873 – Budapest 1950), notario o escriba de una clase decadente que se asomaba sin saberlo a su propio abismo, describirá a la aristocracia húngara entre la que había crecido con el solo fin, probablemente, de un día salvar su alma de la quema y dejar testimonio de ello: «Entre los miembros de la alta sociedad de Budapest, sólo unos pocos se dedicaban en cuerpo y alma a la política. Había otros asuntos más importantes, o al menos igual de importantes. Por ejemplo, la competición hípica, que era tan interesante y apasionante como la cacería otoñal. Para convocar el Parlamento, una reunión de partidos o al comité del casino, en verano había que tener en cuenta la caza de la perdiz, en septiembre la del ciervo, a principios de invierno la del faisán, y en primavera los días de carrera, para poder intercalar las asambleas entre estos acontecimientos. Cuando acababan las carreras de Budapest comenzaba la temporada de derbis en Viena, que atraía a mucha gente. Por tal razón, se descartaba esa época del año para organizar eventos importantes».

Aristócrata transilvano de rancio abolengo, aparte de político que llegó a detentar el cargo de ministro de Asuntos Exteriores de su país

## X PRÓLOGO

en la tormentosa época de entreguerras del pasado siglo, Miklós Bánffy fue sobre todo un magnífico y clarividente narrador que supo evadirse de los clichés nostálgicos y sentimentales, megalómanos y esnobs propios de su ciega y poco reflexiva clase, además de rehuir como político ecuánime y ponderado en sus pasiones toda tentación de victimismo y de explotación chovinista del patriotismo magiar, secularmente castigado. Representante de la Monarquía Austrohúngara dual en los tiempos en que se debatía ardientemente en el Parlamento de Budapest el lugar de Hungría en la *Kakania* musiliana de los estertores últimos de los Habsburgo, artesano de la reconciliación con los rumanos tras el fin de la segunda guerra mundial y el derrumbe del Imperio, Bánffy sería sobre todo el insustituible y agudo cronista de la decadencia de aquel matrimonio de razón y conveniencia, más que de amor, que había comenzado con el Compromiso de 1867, el *Ausgleich*, que dio paso a la creación de la doble Monarquía Austrohúngara. Es decir, que unió de forma frágil y con un sinfín de prejuicios y recelos mutuos a la bella y rebelde Budapest con la real e imponente Viena imperial, ambas en plena efervescencia y hambre finisecular de cultura, llenas sus calles de fachadas atrevidamente ornamentadas, frisos de la *belle époque* y elegantes damas sensuales deslizándose, ingravidas y deseables por sus aceras, por ininterrumpidos bailes en los casinos y palacios, o por sus distinguidos y vacuos salones de té. Claudio Magris cuenta en esa grandiosa y fascinante guía por la civilización danubiana que es su libro *El Danubio*, a propósito de ese matrimonio forzado y malhumorado que no se caracterizaba precisamente por la armonía, sino más bien por la permanente tensión entre sus orgullosos componentes, siempre al borde de una amenaza de divorcio, una significativa anécdota del famoso e influyente líder húngaro, el conde Károlyi: habiendo hecho levantar su bisabuelo una capilla votiva para agradecer a Dios la derrota sufrida por el ejército habsbúrguico en Königrätz, su madre, cuando debía dirigirse a Viena, cruzaba en carroza la ciudad con los ojos cerrados, para no verla...

Producto de una serie de injusticias acumuladas en su historia, el contorno de Hungría, actualmente con diez millones de habitantes, ha fluctuado de tal manera a lo largo del pasado siglo que en nuestros días tiene el récord de minorías *extramuros*, es decir, de húngaroparlantes fuera de sus fronteras. Tras el traumático Tratado de Trianon de

1920, que siguió a la primera guerra mundial, Hungría se vería privada de repente de dos terceras partes de su territorio: una de las pérdidas más representativas y dolorosas para el nacionalismo magiar, a la vez que la más extensa, fue la de Transilvania que pasaría a formar parte, como dramático botín de guerra, de Rumania. Se calcula que hoy cinco millones, aproximadamente, de húngaroparlantes viven fuera de Hungría, tres millones en países colindantes. Algunos de los escritores húngaros actuales que tienen más presencia en el exterior están en esta situación, como es el caso de Lajos Grendel, que pertenece a la minoría húngara de Eslovaquia, o de Ádám Bodor y Attila Bartis, transilvanos y, por tanto, rumanos.

Cuando se habla de Hungría, de la esplendorosa y culta Hungría, a los europeos occidentales, o a personas profanas en el brillante, atribulado y trágico pasado de Centroeuropa, hay que recordarles que el país ha ofrecido al mundo una de las culturas más inquietas, cosmopolitas y renovadoras del pasado siglo, agitación que se extendió a todas las capas del arte y el saber moderno: músicos como Béla Bartók; cineastas como Cukor, Korda, Michael Curtiz, Miklós Jancsó o István Szabó; pintores como Moholy-Nagy y Vasarely; fotógrafos como Robert Capa, André Kertész y Brassai; filósofos y sociólogos como György Lukács, Karl Mannheim, Ágnes Heller o Ferenc Fehér, o si se prefiere, la llamada Escuela de Budapest; psicoanalistas como Sándor Ferenczi, o historiadores como Arnold Hauser y François Fetjő, por no hablar de una inmensa nómina de poetas y novelistas. Verdaderos artesanos y forjadores de esa Europa cosmopolita y plurinacional que hoy vivimos como algo natural. No hay que olvidar que los más grandes escritores centroeuropeos, y en especial los políglotas húngaros, en sus viajes incesantes de un país a otro (como demuestran las *Memorias* del escritor húngaro Sándor Márai), en sus obligadas inmersiones en lenguas que no les eran propias, con una cultura omnívora y enormemente dilatada, construyeron la verdadera Europa sin fronteras, que sus privilegiados parientes occidentales —sobre todo tras el vergonzoso reparto en dos zonas de influencia sobrevenido al finalizar la segunda guerra mundial— jamás lograrían alcanzar de forma tan dinámica y enriquecedora. La que fue la ciudad más atrayente, bella e importante del Este europeo, junto a Praga, la Budapest danubiana, lo mismo que su eterna rival Viena tendría una particular «edad de

## XII PRÓLOGO

oro», que iría desde 1867, época del Compromiso austrohúngaro, hasta la primera guerra mundial. Una extraordinaria conjunción histórica, cultural, estética y política, en paulatina decadencia en sus esencias morales y sociales, que el aristócrata y gran escritor que fue Miklós Bánffy reflejaría de forma apasionante y calidoscópica en su monumental *Trilogía transilvana*, de la que ahora se traduce a nuestro idioma la primera parte: *Los días contados*, aparecida por primera vez en su lengua original en 1934.

En la época en la que transcurre la novela, hacia 1900, que Bánffy supo reflejar en toda su fragmentaria y turbulenta diversidad, a la vez que combinaba como pocos lo Privado, es decir, el arte, en su caso, y lo Público, su dedicación a la política, algo que también unirían de forma inmortal otros insignes europeos como Stendhal, Montaigne, Goethe o Chateaubriand, surgiría una brillantísima generación de escritores, que creció con un esplendor paralelo al de su capital, Budapest. Una ciudad que competía celosamente, calle por calle, café por café, salón por salón, con igual intensidad en su vida cultural e intelectual, con su recelosa y siempre antagonista Viena. Autores como Gyula Krúdy, Ferenc Molnár, Mihály Babits, Endre Ady, Dezső Kosztolányi, Milán Füst, Ignotus, Frigyes Karinthy, Géza Csáth, Kálmán Mikszáth o Lajos Kassák, el principal animador de las vanguardias húngaras, así como el citado Bánffy, edifican y dan aliento a la vida rutilante de la que ha sido llamada muchas veces «la ciudad más bella del Danubio».

La gran literatura húngara no es la que exalta el esplendor de una Hungría heroica, sino la que denuncia amargamente «la miseria del destino húngaro», comentará Claudio Magris en *El Danubio*. Un *lied* de la región de la Baranya que contaba la derrota del rey y su muerte a manos de los turcos, dice que el monarca quedó cubierto por las moras silvestres. Era el año 1526, en Mohács. Desde entonces, la nación magiar se construyó «en permanente agonía», como dijo el novelista László Németh. Una pregunta se plantea, como un estribillo, desde hace quinientos años: «¿Seremos siempre derrotados?». El poeta Petőfi cabalgó hacia su muerte a sabiendas de que el enemigo extranjero sería menos cruel con él de lo que lo fueron sus egoístas compatriotas. También el gran poeta Endre Ady que murió joven de una mezcla de pulmonía, sífilis, alcoholismo, nicotina y *spleen*, cantó a la tétrica tierra magiar.

Un aire pesimista y fúnebre, de fatalidad, muerte y renuncia inevitable y anunciada, en sombrío contraste con el frenesí de un ambiente de loca, despreocupada e inagotable alegría, del que parecen no lograr desligarse ni hallar consuelo posible los jóvenes y románticos protagonistas de *Los días contados*, antihéroes cada uno a su manera, inmersos en una amalgama de ilusiones perdidas, amores frustrados, políticas indefendibles con sensatez, sueños de regeneración y modernización evaporados y carreras artísticas brutalmente cercenadas. Si a ello añadimos, como dirá el escritor británico, gran viajero y experto conocedor de los avatares históricos centroeuropeos, Patrick Leigh Fermor,\* el sentimiento profundo de traición, saqueo histórico y decepción que llevarían inscrito ya para siempre los nobles transilvanos, el drama de esta tierra, tan estremecedora, exquisita y certeramente descrita por Miklós Bánffy, no cesaría por la imposibilidad de reponerse al hurto de su pasado magiar. Los antiguos terratenientes húngaros, como dirá Leigh Fermor, se sentían olvidados y maltratados por la Historia. No es del gusto de nadie tener que aceptar una nacionalidad distinta después de siglos de pertenencia y arraigo a un lugar, y mucho menos, claro, perder tierras por medio de la expropiación. Esto es exactamente lo que les sucedió a los viejos propietarios feudales y a los descendientes de aquellas familias nobles transilvanas cuyos orígenes se remontaban al siglo XIII, como es el caso de la familia Bánffy, y como es de suponer les sucedería tan sólo unos años más tarde a la mayoría de los ciegos e irreflexivos protagonistas de la novela *Los días contados*. Todas esas familias, los Abády, los Kollonich, los Szent-Györgyi, «quintaesencia de la sociedad finesecular, mundanos modélicos», con sus castillos a los pies de los Cárpatos y sus palacios junto al Castillo de Buda, o esos voraces arribistas de provincias como la ambiciosa y déspota duquesa Ágnes Kollonich, por no hablar de los parientes pobres y menospreciados, como el joven y orgulloso compositor László Gyeróffy, siempre viviendo de prestado, todos ellos consumirían sus últimos días, diez años antes del derrumbe del Imperio dual que ya sólo parecía sostener el carisma lejano de un venerado y anciano emperador Francisco José, como si se tratara de un eterno baile, un frívolo

\* En su prefacio a la edición inglesa de esta novela (*They Were Counted*, Arcadia), traducida por la hija del autor, Katalin Bánffy-Jelen, en colaboración con Patrick Thursfield.

## XIV PRÓLOGO

*garden party* de temporada, un fastuoso banquete o fiesta de carnaval, en la que el personaje más reclamado y envidiado socialmente era «el primer bailarín». Una danza mortal y autodestructiva que, en el otro lado, en el Parlamento, del que eran miembros muchos de estos nobles, albergaba políticos tan sólo ocupados y alimentados a diario con la embriaguez y parálisis cotidiana «de eslóganes chovinistas, de la palabrería del odio». Unos oradores que como consignará lacónicamente Bánffy en su novela «competían en patriotismo» y en consignas exaltadas, sumergidos todos ellos en sus habituales luchas acaloradas y beligerantes contra las maniobras e intentos de sometimiento siempre sutilmente disfrazados por parte de Viena, sin percibir ninguno de ellos ni por un solo momento los aires de tormenta que amenazaban y se extendían ya, poco a poco, por toda Europa.

Un derrumbe anunciado en una potencia de tamaño y fisonomía gigantesca: la Monarquía habsbúrguica o *patchwork* de naciones y nacionalidades, que desapareció como tal del mapa y fue borrada de un plumazo, algo que nunca había sucedido en suelo europeo, como dirá el historiador húngaro François Fetjö, en su gran clásico *Réquiem por un Imperio difunto (Historia de la destrucción de Austria-Hungría)*: «Si exceptuamos a Polonia, tres veces repartida, nunca se había borrado del mapa de Europa un Estado, sobre todo cuando se trataba de un Estado considerado, algunos años atrás, como una gran potencia política y militar (...) Un hecho nuevo en la Historia, de repercusiones desastrosas». Las fatales repercusiones no tardarían en llegar y hacerse patentes tras la victoria aplastante de 1918 y los tratados de paz que de allí surgieron. Unos tratados o sanciones humillantes y cancerosas que pondrían las piedras necesarias o engendrarían directamente el monstruoso neoimperialismo de una Alemania diabólica, guiada por Hitler, además del expansionismo posterior de la Unión Soviética, que pasó a «hacerse cargo» impunemente, gracias a su contribución a la victoria frente a Hitler, de la casi totalidad de la Europa Central.

Versátil creador que experimentó con un gran número de géneros literarios, además de haber sido un notable artista, con apreciadas obras en el campo del arte gráfico y la pintura, la de Miklós Bánffy sería una vida singularmente fecunda y rebosante de acontecimientos. Una vida en la que pudo desarrollar ampliamente tanto la inquieta eferescencia de su talento y sus dotes naturales, como sus ideas de progreso y

reformas al servicio de la comunidad, así como la puesta en práctica de todas sus pasiones e intereses, entre los que destacaban la historia magiar, la literatura, la política y el profundo y entusiasta amor que siempre sintió por el paisaje de su tierra natal. Una carrera literaria que comenzaría con la publicación de un primer drama de género mítico, *Leyenda del sol* (1906), muy admirado por el gran poeta húngaro Endre Ady y publicada con el seudónimo de Miklós Kisbán. La siguiente obra de teatro, *El Gran Señor* (1913), tendría como personaje histórico a Atila, rey de los Hunos. A ella seguiría una afilada comedia satírica, *Mascarada* (1926). En el campo de la narración, Bánffy publicaría dos recopilaciones de cuentos, que tendrían como evocación dramática las montañas boscosas de Transilvania: *El león moribundo* (1914) y *Lobos* (1942). La primera parte de su fascinante y agitada vida la narraría en unas memorias (*Emlékeimből*) publicadas en 1932; la segunda (*Huszonöt Ev*) en 1945. Sin embargo será gracias a sus novelas por las que será conocido y recordado. En 1927 publicó *Desde la mañana hasta la noche*, que girará en torno a la historia de dos hermanas, y en los años 30 comienza la redacción de su obra magna: la gran y monumental *Trilogía transilvana*, que será muy bien recibida por lectores y crítica. Una obra o compendio, desde el lado de la ficción, de lo que había sido su accidentada y colmada existencia, en la que aplicaba igual maestría y detallismo al tratamiento histórico y político, a la minuciosa descripción de ambientes, paisajes, arquitectura, decoración y vestimentas, así como a la penetración y agudeza psicológica, paralela en calidad literaria a la de grandes maestros vieneses de su tiempo como Stefan Zweig y Arthur Schnitzler, o el galitziano Joseph Roth. Un formidable universo que inmortalizaría para la posteridad, en su enorme diversidad, con un espléndido brío narrativo y con una sugestiva y cautivadora intensidad romántica, tanto en la descripción de cada una de las historias de amor desarrolladas en la trama, como en la plasmación de un atractivo e inmenso catálogo de caracteres.

Relato o crónica desde la ficción de la decadencia de la aristocracia transilvana y húngara, de los errores de la clase política que condujeron directamente al Tratado de Trianon y la consecuente pérdida de Transilvania, esta trilogía sería relacionada repetidas veces con *El Gatopardo* de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, con la saga novelesca de

## XVI PRÓLOGO

Proust y con *La marcha Radetzky* de Joseph Roth. Castillos de la nobleza transilvana como el de Dénestornya, propiedad de la familia del joven protagonista Bálint Abády, tendrían su correspondiente más inmediato en la siciliana Donnafugata del Príncipe de Salina, inmortalizada por el cine. En la primera parte de la trilogía, *Los días contados*, que ahora llega al lector español, se nos narra en paralelo la historia, entre 1904 y 1914, de dos jóvenes primos aristócratas transilvanos: el conde Bálint Abády, personaje principal de la trama, y el conde László Gyeróffy, huérfano tras una tragedia y un escabroso escándalo familiar, que ha vivido siempre en casas de tíos y otros parientes. El conde Abády ha regresado al castillo familiar de Transilvania, tras unos años transcurridos en el servicio diplomático. Inmediatamente inicia una carrera política en el agitado y casi ingobernable Parlamento de Budapest, sacudido por agrias e incesantes luchas internas, agravadas además por la dificultad de gobernar regiones con una población étnica mixta, que aceptan a duras penas la imposición del húngaro. Hay que tener en cuenta que la situación de las minorías étnicas en Hungría —un tema recurrente en la novela de Bánffy— causaba numerosas tensiones en la época, porque, entre otras cosas, entre 1900 y 1910 el cincuenta por ciento de la población del Reino Húngaro no era húngaroparlante. El Compromiso austrohúngaro aseguraba los mismos derechos para todos los ciudadanos de Hungría y autonomía cultural, pero no territorial, para los alemanes, eslovacos, rumanos, serbios y otras minorías. La lengua oficial, sin embargo, era exclusivamente el húngaro, y en las escuelas, aunque a ellas acudieran únicamente hijos de campesinos rumanos, como era el caso de Transilvania, era obligatorio aprender la lengua, literatura e historia húngaras. Personajes corales y reguero palpitante y humano que aparece con denominación colectiva propia de «minoría» —a menudo tratada de forma despectiva, como es el caso de los rumanos, o como simple telón de fondo para amenizar fiestas, como esas orquestas de gitanos que proporcionaban música y color a las juergas y bailes de señoritos— todos ellos formarían una amalgama múltiple de «proveedores» imperiales y feudales en el gigante austrohúngaro, magníficamente descritos por Joseph Roth en *La cripta de los capuchinos*: «Los gitanos de la gran llanura húngara, los Huzulen de Subcarpatia, los cocheros judíos de Galitzia, mis propios parientes, los castañeros eslovacos de Si-

polje, los plantadores de tabaco suavos de Bacska, los criadores de caballos de la estepa, la Sibersna osmana, la gente de Bosnia y Herzegovina, los comerciantes de caballos de Hanakei, en Moravia, los tejedores de Erzgebirge, y los molineros y comerciantes de coral de Podolia; todos éstos eran los generosos proveedores de Austria, y cuanto más pobres, más generosos».

Aún soltero, Abády se reencuentra con una amiga del pasado, la inteligente, enigmática y bella Adrienne Milóth, amargamente unida en un matrimonio sin amor a un violento y desequilibrado noble transilvano, Pál Uzdy, que la utiliza a su antojo y brutalmente, en su calidad de señor absoluto, y a la manera de una posesión o finca más de las muchas de su patrimonio. La antigua y cómplice amistad de Bálint y Adrienne poco a poco se convierte en un ardiente amor del que ambos advierten con terror las consecuencias desastrosas que puede acarrear a sus vidas, vigiladas de cerca tanto por sus familiares como por el edificio hipócrita de las apariencias de las que son todos mitad reos y mitad jueces.

Por otro lado, László Gyerőffy, es el otro personaje protagonista, en este caso desagarradoramente trágico, tan propio del romanticismo finisecular, a mitad de camino entre el Lucien Chardon de *Las ilusiones perdidas* de Balzac y el desgraciado destino de «un fanatismo artístico» abocado al fracaso, como lo llamaba Stefan Zweig, en el que caían tantos jóvenes de la época. Jóvenes inseguros, siempre abocados cruelmente a alguna forma de marginalidad en los límites de su clase, en los que la fortaleza muy pronto se veía socavada por las tentaciones mundanas, por las fáciles evasiones y por una esclavitud de casta que les mantenía atados a fatuos objetivos de forma suicida y que les obligaba a representar una única y engañosa forma de identidad en sus vidas o en el frágil edificio de las apariencias: el éxito social y económico.

Un sentimiento predomina en la novela, el honor, el honor defendido en duelos, el honor robado a mujeres enamoradas y generosas, o la más grave y fatal violación de todas, el deshonor cometido hacia su casta —como le reprochará a menudo el sensato Bálint a su primo László—: ese olvido de sí mismo y de sus orígenes que es una tarea de cada día, incompatible con la «huida». Esa tarea «propia de los suyos» a lo largo de los siglos, que defenderá ardientemente Bálint ante su

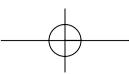
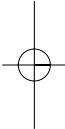
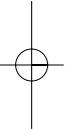
## XVIII PRÓLOGO

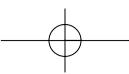
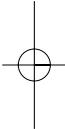
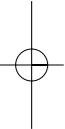
primo disoluto y nihilista: «¡No debes irte! ¡No debes! (...) ¿Qué ibas a ser tú fuera de Transilvania? ¡No un nombre, sino un número, un don nadie! Aunque seas artista, el arte tiene valor si crece en la tierra patria, si no, es sólo un papel. Y no debes despilfarrar tu fortuna porque no la has ganado tú, sino que la has heredado. ¡Tener fortuna conlleva obligaciones! ¡Obligaciones por el bien de los demás! (...) Tu origen te obliga, sí, ¡te obliga! (...) La nobleza húngara ha gobernado y servido durante siglos y siglos. Ha servido a su pueblo, a su condado, a su iglesia y a su país. Ha servido gratuitamente, honoris causa».

Un deber o «ejercicio de una determinada capacidad durante generaciones» que también, como bien saben y conocen Bálint y Adrienne, tiene que ver mucho con el desarrollo posible o imposible de un amor prohibido. Al final de la novela los jóvenes enamorados son conscientes de que se enfrentan a la Vida o a la Muerte, al olvido y disolución de los dos como pareja o a la rutina obscena y peligrosa de vivir clandestinamente. Hay un precio único, obligado, insalvable que tendrán que pagar si quieren seguir permaneciendo juntos para siempre, de alguna manera y en algún lugar, ya sea en ese recuerdo que nadie les puede robar, en el más recóndito interior de cada uno de ellos, o en algún cielo probable o improbable que por fin los logre reunir y cubrir «como un sudario». Así lo sentirán ambos amantes al final de la novela: «Todo era de color ceniza. Tenían la sensación de que no existía nada fuera de ellos. Ni arriba ni abajo; ni voces ni colores, ni tiempo, ni pasado ni futuro. Flotaban sin cuerpo a través del vacío infinito, abrazados y atravesados por el mismo puñal, como los enamorados de Dante. Era el nirvana donde desaparecía todo, y donde el Todo se mezclaba con la Nada».

MERCEDES MONMANY

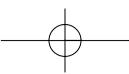
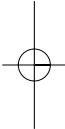
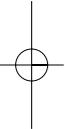
## Los días contados



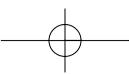
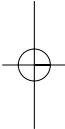
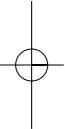


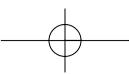
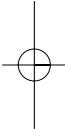
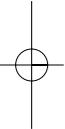
... El rey dio un gran banquete a mil de sus príncipes; bebieron vino, alabaron a sus dioses de oro, de plata, de metal, de hierro, de madera y de piedra; y se burlaron los unos de los de los otros, y discutieron por los dioses de cada uno.

En aquella misma hora aparecieron unos dedos de mano de hombre que escribieron delante del candelabro, sobre el yeso de la pared del palacio real. Y la palabra que escribieron fue «Mené: Tu reino ha sido contado...». Pero nadie vio la escritura porque estaban embriagados por el vino y la ira, y porque estaban peleándose por sus dioses de oro, de plata, de metal, de hierro, de madera y de piedra...



PRIMERA PARTE





**1**

Una tarde soleada de principios de septiembre. La luz brilla tanto que las alondras, embriagadas por el resplandor, suben hacia el cielo diáfano, batiendo sus diminutas alas por unos momentos en las alturas, para luego caer en picado, pasar por el suelo en vuelo rasante y volver a subir una y otra vez. Tal vez piensan que sigue siendo verano.

El campo está todavía verde, incluso los montones amarillos de rastrojo están cubiertos por una fina capa de moho, llenos de menudas espigas gualdas que se mecen junto con las amapolas tardías de color carmesí.

Las suaves colinas del río Maros bajan por una ribera hacia el camino real, por la otra se elevan a la derecha detrás de los prados; los frutales de las lomas y los bosques que coronan los tesos están aún verdes. Nada indica todavía la inminente llegada del otoño; sólo la fruta madura del bonetero decora con gotas anaranjadas las hojas marchitas, mientras el follaje comienza a teñirse de color sangre.

Entre las ciénagas y las suaves colinas, el camino se vuelve blanco por el polvo que cubre las espinacas de las acequias y llena el cáliz de las cerrajas.

Era domingo; sin embargo, a mediodía había mucho tráfico por el camino. Varios carruajes y carros de un solo caballo corrían rui-

## 8 MIKLÓS BÁNFFY

dosos hacia Marosvásárhely. Era un día importante en la ciudad: se celebraba la competición de hípica. Se dirigían allá levantando una enorme polvareda por el camino.

Todo estaba en silencio. Por la tarde un carruaje solitario, un landó de tres caballos, pasó por el camino real que conduce desde Marosvásárhely hacia el este a Balavásár, a través de Vácmán, y después del cruce, hacia la izquierda, a Nyárádszereda.

En el viejo simón iba sentado un joven, recostado cómodamente. Era Bálint Abády, un hombre delgado, de estatura mediana. Llevaba un guardapolvo de seda largo, abrochado hasta la barbilla. Se había quitado el sombrero, un sombrero de fieltro de ala ancha que se había puesto de moda tras la guerra de los bóers. Los rayos del sol le daban un brillo bermejo a su cabello ondulado, rubio oscuro. A pesar del color de su pelo y de sus ojos claros, tenía los rasgos propios de un oriental. Tenía la frente fuerte, algo inclinada hacia atrás, los pómulos muy marcados y los ojos achinados.

No venía de las carreras sino de la estación de tren, e iba a Vársiklód, a casa de Jenő Laczók, donde habría una gran fiesta con baile después de la competición.

Había llegado desde Dénestornya a las tres. Había viajado en tren, aunque su madre le había ofrecido una carroza; el joven había notado por su tono de voz que, si bien se la había ofrecido con cariño, no le gustaba que viajara con sus amados caballos, tan queridos que habían sido criados en la vieja y famosa yeguada, como si fueran sus hijos. Abády sabía cuánto le preocupaba a su madre que sus animales pudieran agotarse, resfriarse o sufrir en desconocidos establos la maldad de otros caballos. Por eso, conociendo la verdadera voluntad de su madre, le dijo que prefería coger el tren vespertino, pues sería demasiado ir de un tirón desde Dénestornya hasta el prado de San Jorge —donde se celebraba la competición—, unos cincuenta kilómetros más allá de Marosvásárhely, y volver después a la ciudad para ir a casa de los Laczók —diez o quince kilómetros más— teniendo que desenganchar los caballos y darles pienso en alguna posada; por ello pensó que no merecía la pena, y que haría mejor cogiendo el tren de la tarde. Así llegaría temprano

y coincidiría con los políticos, a los que quería conocer y consultar unas cuantas cosas.

—Bueno, hijo, si así lo prefieres —dijo la madre aliviada cuando rechazó su oferta—, pero ya sabes que te los ofrezco con gusto.

Ahora iba en un simón que se dirigía lentamente hacia Vársiklód entre tintineos. En realidad era agradable avanzar despacio por el camino real, largo y desierto, y ver cómo se levantaba el polvo y flotaba tras el carruaje como un velo, sentirlo volar indeciso sobre los prados ya segados donde las vacas rumiaban entre los rebrotes y miraban embobadas el traqueteo del coche.

Era bonito avanzar silenciosamente, disfrutar de la sensación de que después de tantos años volvía a estar en casa, en Transilvania, y acercarse poco a poco al lugar donde se reunirían sus viejos conocidos.

Tras acabar el bachillerato en el liceo Theresianum de Viena, en 1895, pasó algunos años en la universidad de Kolozsvár, donde hizo el doctorado. Después volvió a irse, primero a Viena a prepararse para ingresar en la carrera diplomática; más tarde, al terminar su servicio militar de un año, pasó dos más en el extranjero como agregado en una embajada.

Ocurrió entonces que el distrito de la ciudad de Lélbánya quedó sin diputado, y le ofrecieron el puesto. Era algo que le convenía más. Era preferible abandonar el cuerpo diplomático, que únicamente le aseguraba un exiguo sueldo, máxime cuando ni siquiera podía cubrir sus altos gastos sociales con la pequeña asignación que le enviaba su madre.

Sabía que a ella le costaba mucho enviársela. Le costaba, aunque tenía muchísimas tierras: pinares infinitos en las faldas de los montes Vlegyiasza, miles de hectáreas de tierras fértiles en Dénestornya, entre los ríos Aranyos y Maros, diversas fincas menores por aquí y por allá, y las tres cuartas partes del lago de Lélbánya. Sin embargo, la pobre nunca tenía dinero, por más que intentara ahorrar.

Era preferible volver a casa, donde uno gastaba poco y vivía sin penurias; tal vez podría ser útil gracias a sus estudios y a su experiencia en el extranjero.

## 10 MIKLÓS BÁNFFY

Así fue como en la primavera de ese mismo año de 1904, cuando estaba de vacaciones en casa de su madre en Dénestornya, fue a visitar el gobernador del condado de Maros-Torda y le preguntó si aceptaría el puesto vacante en Lélbánya; después de vacilar un poco lo aceptó, con la única condición de poder presentarse en las elecciones como independiente. Sólo conocía de lejos, por la prensa, aquella lucha despiadada de partidos que desde 1902 tenía lugar en el Parlamento húngaro y ya había acabado con dos gobiernos, aun así le resultaba molesto tener que someterse a la disciplina y a las pasiones de un partido.

Al gobernador todo eso le daba igual. Aceptó la independencia a gusto mientras Abády se mantuviera fiel a las bases firmadas en el Compromiso, el pacto contraído por el Gobierno húngaro con Viena en 1867. El gobernador no delató a través de ninguna de sus palabras que lo único que le importaba era que no ganara el candidato de la oposición; ni un tercero, como ocurrió la última vez cuando los encargados de la campaña en Budapest pusieron en venta el distrito como si fuera una subasta. Y es que Lélbánya era un distrito miserablemente minúsculo, aunque antiguamente fue villa real, y debido a esto tenían derecho a mandar a un diputado. Era un pueblo con privilegios de ciudad, con apenas trescientos electores que siempre encontraban un par de personas ricas y ambiciosas que quisieran ser candidatos; las explotaban hasta el último momento, sacándoles dinero con chantajes, diciéndoles lo fuerte que era el otro candidato, o ese tercero al que contrataban sólo para acentuar más la rivalidad. En cierta ocasión en que el candidato rico se hartó de pagar tanto, se vengaron votando al tercero, al seudocandidato, con gran escándalo en el condado.

Con la candidatura de Abády no habría problemas. Hacía mucho que la mina de la ciudad estaba cerrada, los campos tenían mala tierra, salada, y los habitantes vivían del cañaverál del lago, que era de los Abády. Contra el propietario no podrían hacer nada ni los más codiciosos, porque en caso de que el cañaverál fuera vendido a un empresario, los «ciudadanos» tendrían que pedir limosna.

Por supuesto, el gobernador no le dijo nada al joven. Habló de

temas generales. Frases grandilocuentes sobre el deber, el patriotismo y la vocación. Con astucia disfrazada de benevolencia, le hizo saber a la madre viuda que sería mejor para ella que su hijo se quedara en casa, en su país, a su lado, cobrando un sueldo de diputado que ya era algo, y que seguramente lo elegirían por mayoría, sin que le costase un cuarto. Después de haber logrado convencerlos pasó a visitar al administrador de las haciendas de la condesa, Kristóf Ázbej. Sólo le dijo que estaría bien enviar a alguien a Lélbánya para tasar la cosecha de caña del próximo otoño y hacer como si estuvieran planeando cambiar el proceso de la venta. ¡Que se asusten los ciudadanos rebeldes!

Por esa razón Bálint Abády no llegaba a entender por qué sus electores lo vitoreaban con tanto entusiasmo. En general tenía poca idea sobre las relaciones turbias de la vida, tal vez por su carácter, tal vez por su educación. Pasó ocho largos años de su infancia en el aislado y distinguido internado Theresianum, y las vacaciones en el campo, en el palacete de Dénestornya. Sus años en la universidad, en la escuela diplomática y sus estancias en el extranjero tampoco le habían enseñado más que la superficie de la vida. Vivía en un invernadero, en una atmósfera artificial, un tanto aislada, donde la maldad, la codicia y el egoísmo humano estaban tan disfrazados que se necesitaba tener la vista muy fina y ser muy experimentado para verlos.

Ahora, sentado en el viejo landó, Bálint sólo pensaba en que estaba en casa de nuevo y esta vez se quedaría definitivamente. Había comenzado a planear poco a poco cómo podría aplicar allí los conocimientos adquiridos en el extranjero. En Alemania estudió las distintas formas de cooperativa y cómo proteger la tierra de los campesinos por fideicomiso. Ya había hablado de sus planes a sus electores. En eso iba pensando, aunque sólo vagamente, porque para tales ideas el paisaje era demasiado agradable, el día demasiado soleado y el cielo demasiado azul.

Sus meditaciones fueron interrumpidas por una carroza cubierta que poco a poco lo alcanzó. Era un carruaje grande y destartalado, los cristales de las ventanillas cerradas no cesaban de repiquetear.

Iba arrastrado por dos alazanes viejos y huesudos, y dos yeguas tripudas que tal vez estuvieran preñadas o a las que no les daban otra cosa que paja para comer. En el pescante de la anticuada carroza iba un cochero viejo que —según la moda de la década de 1860— llevaba una chaqueta que le llegaba hasta los tobillos, de color cereza, deslucida pero bien adornada, y un gorro gastado con los restos de lo que en tiempos mejores fue una pluma de avestruz. El viejo iba encorvado, meneando la cabeza como si estuviera afirmando algo constantemente.

La carroza adelantó al simón. Detrás de las ventanillas, herméticamente cerradas, iba una sirvienta joven con un cesto en el regazo en el asiento delantero, y frente a ella, entre cojines, una anciana menuda, acartonada.

Bálint la reconoció inmediatamente y la saludó, pero ella no lo vio; iba con los ojos entornados, la expresión ceñuda, los labios fruncidos como si silbara y la mirada perdida en la lejanía. Era la vieja señora Sarmasághy, a quien llamaban la «tía Lizinka» y que, efectivamente, gracias a los numerosos hermanos que tenía, era la tía de casi todo el mundo, tanto para la generación de su hijos como para la de sus nietos. Al verla, a Bálint le asaltaron los recuerdos. Era todavía un niño cuando su madre lo llevó a visitar a la tía Lizinka en Kolozsvár. Sintió de nuevo aquel olor a moho, cargado y sofocante, que le chocó al entrar en su habitación. La tía Lizinka estaba sentada en un sillón de orejas, de espalda a las ventanas, nunca abiertas, y protegida con dos biombos de cristal. Aunque gozaba de una salud de hierro, siempre tenía miedo a resfriarse. Estaba envuelta con un sinfín de chales, mantas y pañuelos; llevaba una papalina de encaje negro en la cabeza y un sombrero atado a un pequeño cojín bajo la barbilla. Casi no se veía su rostro aguileño, sólo los negros ojos chispeantes, la nariz ganchuda y los labios delgados, marcados por unas arrugas en forma de estrella. Al niño le dio miedo esa bruja menuda que, cubierta por numerosas mantas, parecía no tener ni carne ni hueso, sólo una cara afilada. Pero su madre le dio un empujón hacia la señora, diciéndole: «¡Bésale la mano a la tía Lizinka!», y él, con cierta aversión, le dio un beso en

su mano amojamada con olor a alcanfor. Pero lo peor vino después. Las manos huesudas lo agarraron bruscamente con una fuerza inimaginable, lo estrecharon contra las mantas, y la tía Lizinka le dio un beso húmedo en la frente. Aunque pudo zafarse pronto, sintió cómo se le secaba en la frente aquella marca húmeda y fría, pero siendo un niño bien educado no se atrevió a limpiársela.

Al ver a la anciana, de repente le asaltaron los recuerdos. Cosas que le contaba la propia tía Lizinka y otras que sabía por su abuelo Péter Abády, que era primo hermano suyo. Había una historia especialmente graciosa que le hacía sonreír.

En los tiempos de la guerra de la Independencia de 1848-1849 contra los austriacos, aunque hoy parezca increíble, Lizinka Kendy, la señora Sarmasághy, era una joven tan enamorada de su prometido, Mihály Sarmasághy (quien naturalmente luchaba por la patria y era comandante en el ejército del general Görgey —entonces todo el mundo era comandante—), que iba en carro detrás de las tropas adondequiera que fuesen. Ocurrió que, estando por las tierras de Világos, donde terminó la guerra, y habiéndose enterado de que el general Görgey había capitulado ante las fuerzas enemigas, subió rápidamente al castillo de Bohus, entró sin más en la sala de reuniones que estaba llena de oficiales húngaros y rusos, se fue derecha a Görgey y a voz en grito le espetó: «¡Señor general, usted es un traidor!». Siempre había sido una mujer atrevida, y hablaba mal de todos. Lajos Kossuth, que era el héroe de la revolución, no le gustaba nada, y cada vez que lo mencionaban ella aprovechaba la ocasión para contar una anécdota despectiva de él. En una ocasión en que los diputados estaban reunidos en Debrecen, llegó la noticia de que los rusos se acercaban. Todos estaban abatidos. Kossuth dio un discurso para infundir ánimo y esperanza. Según la tía Lizinka, dijo: «No debemos tener miedo porque está a punto de llegar Mihály Sarmasághy con *sesenta mil soldados, seguramente*». Tal vez lo dijo sólo porque sonaba bien, pero fue recibido con fuertes ovaciones, mientras Sarmasághy se encontraba en el palco totalmente solo, sin nadie más que su menuda mujer. Aunque era cierto que ella casi tenía el vigor de sesenta mil soldados.

Después de la revolución fue ella quien arregló todos los líos de la mina que casi había llevado a su suegro a la ruina. Fue ella quien se encargó de los pleitos, quien luchó por obtener la indemnización que tocaba a los terratenientes, quien salvó a su marido de los calabozos del castillo de Kufstein, quien se estudió todas las leyes —la *Approbata* y la *Compilata*, las *Patentes Imperiales*, la regularización de las minas y el *Verordnung*, los decretos—. Lo estudió todo e hizo de abogada desde Transilvania hasta Viena.

Los recuerdos no cesaban y, de la tía Lizinka, pasó a acordarse de su abuelo, al que solía visitar varias veces al año. Como si los viera ahora: están sentados los dos en el porche de columnas griegas. Lizinka, como siempre, medio sofocada entre pañuelos y chales, acurrucada en el fondo de un gran sillón acolchado, con las rodillas dobladas como un perrito. Frente a su prima se sienta Péter Abády cómoda y tranquilamente, pero siempre muy recto en una silla de caña, rígida, de respaldo alto; está fumando un cigarro en silencio, como hace casi todo el día, con su habitual boquilla de espuma de mar. La anciana, que siempre ha sido una cotilla, le cuenta chismes incomprensibles para un niño. En tono burlón, el abuelo le dice a su prima: «Tanta maldad no me la puedo creer, querida Lizinka; no creo que sea cierto ni la mitad»; y se ríe con socarronería, mientras la viuda de Sarmasághy sigue quejándose y jura que es verdad, que es tal como ella lo dice. El viejo desapueba con la cabeza pero sonríe porque Lizinka, aunque tiene mal carácter, es graciosa.

Así pasaba el tiempo en Dénestornya. El viejo Péter Abády vivía allí, pero no arriba en el palacete, sino más abajo en la colina, en la casa solariega que fue construida por el bisabuelo paterno de Bálint a finales del siglo XVIII. El palacete era de su madre, junto con las tres cuartas partes de la finca. Por esta razón la boda de los padres de Bálint fue un acontecimiento familiar de gran importancia, puesto que gracias al enlace volvieron a unir la finca ancestral que durante varias generaciones había estado dividida, primero en cuatro y posteriormente en dos partes. El matrimonio unió las tierras de Dénestornya con las de las altas montañas, los antiguos neveros encima del Alto Szamos.

El viejo Péter le dio las suyas a su hijo. Sólo se guardó para sí la casa solariega y el jardín, y después de la muerte inesperada de su único hijo, Tamás, no quiso volver a encargarse de los problemas que generaba su hacienda, y la dejó al cuidado de su nuera. No se trasladó al palacete, aunque la viuda de Tamás Abády se lo pidió repetidas veces, incluso le dolía que su suegro no quisiera hacerle caso. El viejo era un hombre sabio. Sólo ahora veía Bálint, ya adulto, lo sensata que había sido su decisión. Si hubiesen vivido bajo el mismo techo, debido al carácter bondadoso pero siempre inquieto de su madre, no hubieran podido mantener la buena relación que tenían. Por eso todo siguió en el mismo orden que se había establecido cuando su hijo todavía vivía: el viejo subía a comer al palacete todos los miércoles, y los domingos a mediodía ellos estaban invitados a comer en la casa del abuelo.

No obstante, cuando el niño se fue haciendo mayor visitaba al abuelo con más frecuencia. En algunas ocasiones se escapaba de sus preceptores. Le resultaba fácil. El enorme parque del palacete sólo estaba separado del jardín de la casa solariega por el cementerio de la iglesia protestante, por donde bajaba la colina. Las dos tapias no eran altas y estaban algo abandonadas; resultaba muy divertido imitar a Toro Sentado con pasos sigilosos y subir al altísimo bastión que, en sus fantasías alimentadas por los cuentos de Cooper, era el muro del cementerio, que en algunos lugares apenas medía metro y medio.

El viejo, aunque se daba cuenta de que el niño a veces llegaba con la ropa sucia, manchada de polvo, nunca le preguntaba por qué camino había ido. Sólo decidía intervenir cuando Bálint llevaba un agujero en los pantalones; entonces, para que no le regañaran, le mandaba a la cocinera que se los cosiera antes de dejarlo volver a casa y le ordenaba al criado que abriera las dos puertas siempre cerradas que daban al cementerio.

Cuando Bálint era más pequeño, no era el abuelo quien le atraía, sino los deliciosos bocados que le esperaban. Pan de centeno fresco, completamente negro con abundante crema agria, una taza de leche de búfala fría o algún pastelillo dulce que había sobrado del día

anterior. ¡Qué rico le parecía todo! En aquellos tiempos él siempre tenía hambre, siempre, y en el palacete su madre les había prohibido a todos que le diesen de comer entre horas. A medida que fue creciendo le fue atrayendo cada vez más la compañía de su abuelo, que sabía hablar con él con amabilidad y comprensión, escuchaba sus travesuras con una media sonrisa, fumando su pipa, y nunca se las contaba a nadie.

Cuando iba a verle a mediodía, si hacía buen tiempo lo encontraba en la terraza, y si hacía fresco en la biblioteca. Siempre leyendo. No le importaba si el niño le interrumpía. Leía sobre todo obras científicas. Estaba suscrito a varias revistas y seguía de modo admirable los nuevos descubrimientos. Se los contaba a su nieto de buen grado, resumiendo de manera clara y comprensible la última novedad sobre la que leía. Tenía conocimientos amplios de los temas más variados: le contaba muchas cosas de las exploraciones de África y de Asia Central, pero tal vez lo que más le entusiasmaba era el desarrollo técnico de los últimos años; hablando de ello, de vez en cuando intercalaba tesis matemáticas, y las explicaba de manera tan simple y clara que su nieto adolescente las comprendía con facilidad, y más tarde cuando en el liceo Theresianum le tocó estudiar álgebra, le pareció una materia casi familiar. Tal vez en esa lejana infancia estaba el origen de la permanente curiosidad de Bálint.

Si lo visitaba por la mañana, lo encontraba en el jardín, pues él mismo cuidaba de las rosas. Las injertaba con mucho cariño, le salían preciosas, mucho más bonitas y exuberantes que las que cuidaba el jardinero del palacete. Ahora se lo imaginaba allí, tan feliz entre sus queridas flores. Solía llevar un delantal largo de lienzo y en la cabeza, coronada por el cabello blanco y ondulado, un sombrero rústico de paja. Bajo el sombrero, su cara de mirada juvenil iluminada por los reflejos amarillos del sol. Sus rasgos eran bellos: la nariz afilada, los ojos de un verde gris que parecían más claros porque a pesar de su edad avanzada tenía las cejas aún negras. Tenía los labios delicados, el bigote menudo, atusado en pico, casi completamente negro, gracias tal vez a la brillantina. Al recordarlo

ahora, Bálint casi podía sentir el olor especial que le invadía cuando el anciano se agachaba a darle un beso.

Tenía la cara muy suave; se cuidaba mucho para estar siempre muy aseado y limpio, decía bromeando que «un joven puede estar incluso sucio, pero un viejo, aun lavado, da asco». Y se afeitaba todos los días él mismo con hojas finas inglesas; tenía una para cada día de la semana y las guardaba ordenadas en un largo estuche de cordobán verde.

El domingo a mediodía, si el chico llegaba antes de la hora de la comida, a veces lo encontraba en el porche, en compañía de dos o tres granjeros que estaban de pie delante del viejo señor con los sombreros en la mano, y le contaban sus penas. Si llegaba en esos momentos, el abuelo le hacía una señal para darle a entender que podía quedarse pero sentado al lado, en el sofá. No sólo acudían campesinos de Dénestornya, sino también de los pueblos vecinos; iban a visitarle tanto rumanos como húngaros y a veces la gente de los nevros, de las altas montañas de Transilvania. Desde hacía mucho tiempo, su abuelo era considerado por todos un hombre muy justo; por eso, antes de dirigirse al abogado, a menudo iban a verle para que hiciera justicia. El viejo Péter Abády siempre estaba a su disposición: los recibía sentado inmóvil en su silla de caña dura, con las piernas cruzadas y los pantalones algo subidos sobre sus botas a la antigua. Escuchaba el largo planteamiento del problema con su habitual boquilla de espuma de mar en la boca, sin soltar palabra, sólo de vez en cuando hacía alguna pregunta o llamaba al orden al que arremetía con violencia contra otro, pero generalmente no era necesario porque la gente se comportaba como es debido. Cuando todos habían terminado de explicarse, el viejo les daba su consejo.

Hablaba con fluidez tanto en húngaro como, si era necesario, en rumano. La mayoría de las veces los querellantes aceptaban su decisión. Al final, independientemente de lo que decidiese, le besaban la mano y se marchaban uno tras otro. A Bálint también le besaban la mano aunque él intentaba evitarlo, pero el viejo le advertía en francés que les dejase, pues podían pensar que le producían asco y ofenderse.

La casa solariega de Abády recibía también otras visitas. Los jóvenes acudían para presentar sus respetos, por pura cortesía o para pedirle a Péter Abády su apoyo, pues aunque éste salía cada vez menos de casa, tenía una enorme influencia que llegaba lejos y en muchas direcciones, y no sólo porque ostentara el cargo de economo protestante (miembro de la cámara y máxima autoridad desde hacía dos décadas), sino porque era conocido que sólo apoyaba casos justos y que su palabra era escuchada en la corte de Francisco José.

Los ancianos iban a visitarlo debido a la antigua estima que sentían por él. Eran numerosos, habían sido señores del condado en los tiempos anteriores a la revolución de 1848, cuando Péter Abády ejercía de gobernador en Alsó-Fehér. También le visitaban los antiguos soldados húngaros de la guerra de la Independencia, a quienes había salvado de la cárcel.

Tenía dos visitas regulares: una era la tía Lizinka, que pasaba con él dos semanas al año, el otro Mihály Gál —alias «Minya» Gál—, un viejo actor que se quedaba sólo durante tres días, ni más ni menos. El niño le tenía mucho cariño, cuando sabía que Gál estaba en casa de su abuelo, saltaba la tapia varias veces al día, y escuchaba largamente las conversaciones y las bromas de los dos viejos, las anécdotas de Gál sobre el teatro y sus recuerdos sobre su antigua amante, la famosa actriz Celestine Déry; los demás nombres no le resultaban conocidos.

El viejo Minya siempre llegaba a pie y se marchaba a pie. Nunca aceptaba el carruaje que le ofrecían. Se había acostumbrado a caminar cuando era actor ambulante, y tal vez lo hiciera por una austeridad soberbia, por testarudez o porque deambulando por los caminos se sentía como en los años de su juventud. Había sido compañero de estudios de Péter Abády en el liceo de Marosvásárhely, en la década de 1820. Estando allí internos, entablaron una amistad que duró más de setenta años y, a pesar de que normalmente se tuteaban, dejaban de hacerlo si estaban con terceros, aunque sólo se tratara del nieto de Abády.

Bálint se acordaba ahora de que Gál era de estas tierras. Lo vio

por última vez en el entierro de su abuelo en 1892 —hacía doce años—, cuando el viejo actor vino desde Marosvásárhely, donde tenía una pequeña casa. Al menos así lo había contado. Tal vez debería averiguar si aún vivía y, en ese caso, visitarlo. Aunque era poco probable que siguiera vivo, porque le faltarían cinco o seis años para cumplir los cien. No obstante, Bálint decidió averiguar, cuando regresara de Vársiklód, qué había sido del viejo actor.

El joven Abády iba ensimismado. Sus recuerdos volaban al ritmo del tintineo de los cascabeles de los caballos del simón, como si su sonido llegara desde la lejanía del pasado.

Le despertó la trápala de los caballos.

Dos faetones pasaron por su lado, uno detrás del otro.

El primero iba conducido por Péter Kendy, al que llamaban por su diminutivo vulgar, «Pityu». En el asiento de atrás iba uno de los jóvenes Alvinczy; a su lado, dos de las condesas Laczók: Anna e Idácska. Las reconoció tarde, cuando ya habían pasado. Claro, ¡ya eran unas adolescentes! La última vez que las vio en Kolozsvár eran dos niñas con coletas. ¡Cómo pasa el tiempo! Seguramente volvían de la competición, y siendo como eran las señoritas de Vársiklód, era obligado que estuvieran en casa cuando los invitados llegaran.

Ellos ni lo miraron. ¿Quién se iba a interesar por alguien que va en simón?

En el pescante del segundo faetón se encontraba Farkas, el mayor de los jóvenes Alvinczy; a su lado iba Liszka, la tercera hija de los Laczók, y cuando el carruaje pasó por su lado Bálint reconoció a su primo hermano László Gyerőffy, que iba sentado junto al cochero de librea.

Le gritó y él respondió haciendo una señal con la mano, pero el segundo faetón también pasó deprisa. Era evidente que los dos carruajes estaban compitiendo y se perseguían con furor para demostrar a las jóvenes lo atrevidos que eran. ¡Ahora, adelante! ¡Sigue delante de ellos! ¡No les dejes paso! Y los cocheros de librea se lo tomaban como si fuera cuestión de vida o muerte.

Bálint se alegró mucho de que László también fuera a Vársiklód. ¡Qué alegría volver a verlo! László había sido su único amigo en la infancia, ambos estudiaron en el liceo Theresianum y cursaron juntos los dos primeros años en la universidad de Kolozsvár, antes de que Gyeróffy se marchara a Budapest. Desde entonces se veían con menos frecuencia, a veces en Hungría, en casa de alguna tía de László Gyeróffy, cuando iban a cazar perdices o faisanes, y a veces cuando por casualidad se encontraban en Transilvania.

Sin embargo, su amistad no fue a menos porque el cariño que había nacido en los años de adolescencia era muy fuerte. Fue ese cariño lo que los unió más que la relación familiar, ya que la abuela de László Gyeróffy era la hermana mayor de Péter Abády. Además les unían hilos tal vez más sólidos, más profundos e inconscientes, por el hecho de haber tenido una infancia similar: László también era huérfano, más incluso que Bálint, pues Abády tenía a su madre y un hogar verdadero donde pasaba los veranos, en cambio László había perdido a sus padres siendo un niño pequeño, a los dos a la vez, una historia trágica que nunca se mencionaba en la familia. La madre, así lo contaban, no sólo fue una mujer hermosa, sino que además tenía mucho talento y un alma de artista, hacía esculturas y pinturas con mucha gracia. László apenas tenía tres años cuando ella se escapó con alguien. Poco más tarde su padre fue encontrado muerto en el bosque; *lo mató* su propia escopeta. La familia insistió en que fue un accidente casual. Una historia oscura y misteriosa que dio una atmósfera sombría a la infancia del pequeño niño abandonado, que perdió su hogar. Primero lo llevaron a casa de su abuela, pero después de su muerte, László marchó al internado, y aunque durante los veranos lo acogieron sus tías hasta que se hizo mayor, no fue otra cosa que un invitado en casa de terceros; a veces en Transilvania, y sobre todo en el Transdanubio, en casa de las hermanas de su padre; siempre de aquí para allá. Ellas se casaron en Budapest, la mayor con el duque Kollonich, la menor con el conde Antal Szent-Györgyi.

Bálint se asomó por la ventanilla para ver el faetón que se alejaba rápidamente. A través de la polvareda sólo vislumbró la fi-

gura de László haciéndole señales hasta que desapareció en la curva. Mientras seguía asomado vio llegar otro carruaje.

Una calesa.

En ella iban dos hombres.

A la derecha iba sentado el viejo Sándor Kendy.

Este Kendy tenía dos apodos. Cuando se dirigían a él, le decían «Vaivoda», refiriéndose a un famoso antepasado suyo que, igual que él, había sido un señor testarudo, violento, y que había acabado degollado por ello. A sus espaldas lo llamaban «el Boquituerto», sin mala idea, sólo porque al hablar o al sonreír —de lo que casi nunca pecaba— torcía los labios. El defecto fue debido a un sablazo que apenas cubría el poblado bigote, y que incluso reforzaba su carácter duro, decidido y muy viril.

La mayoría de los Kendy tenían un apodo similar, a menudo bur-lón. Era necesario para distinguirlos porque eran muy numerosos. Aparte del Boquituerto había otros dos Sándor: uno llevaba el nombre de «el Movedizo» por su naturaleza inquieta, el otro fue bautizado por sus compañeros con el nombre de «Zindi» porque pensaban que se parecía a un viejo capitán de bandidos llamado Albano Zindi.

Al lado de Vaivoda iba sentado Ambrus Kendy.

Tenía unos diez años menos que el Boquituerto; era un pariente lejano, sin embargo, se parecían mucho. Era una característica de los Kendy: esta especie prolífica tenía una fuerza hereditaria tan impresionante que eran reconocibles a primera vista a pesar de que algunas ramas de la familia habían sido separadas hacía varias generaciones. Todos eran morenos y tenían los ojos claros y las cejas muy pobladas, además todos tenían una nariz de aspecto guerrero, atacante, parecida al pico de un ave rapaz. El viejo Boquituerto tenía la nariz aguileña, Ambrus la tenía ganchuda como el halcón y los demás tenían toda la variedad de narices de aves de rapiña, desde el buitre hasta el cernícalo y el alcaudón. Otra característica común era que, siendo numerosos y viéndose obligados a dividir la fortuna familiar en partes cada vez más menudas, muchos en la generación anterior habían optado por pactar un buen matrimonio, teniendo

## 22 MIKLÓS BÁNFFY

más en cuenta la dote que la pinta de la novia. No obstante, a pesar de haberse casado con las mujeres más feas (cojas o jorobadas, rechonchas o esqueléticas, chatas o narigudas), todos lograron reproducir su fuerte raza con su perfil aguileño, su pelo moreno, sus ojos claros: sus hijos eran jóvenes guapos y muchachas atractivas.

Parecía que al árbol familiar le había sentado bien la poda sufrida hacía muchos siglos, cuando varios Kendy habían acabado en el patíbulo. El tronco incluso brotó con más fuerza.

El viejo Sándor y el joven Ambrus no sólo se parecían en lo físico, sino también en sus modales. Los dos hablaban muy toscamente; para expresar desacuerdo, molestia o incluso contrariedad sólo usaban palabrotas. Había sido el Boquituerto quien había empezado con esta costumbre en Transilvania, donde ni su generación ni las anteriores habían soltado jamás una palabra soez, ni siquiera cuando estaban muy enfadados. Los juramentos de los dos Kendy eran iguales, pero el método era diferente: el Vaivoda juraba en tono sombrío, despótico, con la mirada seria, temible; soltaba vulgaridades de modo conciso y tajante; no tenía seguidores, por supuesto, excepto Ambrus Kendy. No obstante, él sólo imitaba el contenido, pero modificaba la forma según le convenía. Soltaba las palabrotas más horribles con amabilidad, no con el tono retador del Boquituerto, sino con una tosquedad natural, alegre, como si no pudiera hablar de otra manera, como si actuara con una sinceridad sin tapujos. Como si todo su ser dijera: «Es cierto que soy muy bruto, es cierto que hablo mal; pero es que yo soy así, un hombre sincero, inculto pero recto». Y esta impresión venía apoyada por la mirada bondadosa de sus ojos azul claro, sus labios gruesos siempre sonrientes, su voz honda, cálida, y un andar parsimonioso cuyos pesados pasos resonaban en el suelo. Todo el conjunto hacía que esta figura robusta fuera atractiva. Todos le tenían cariño y las mujeres iban detrás de él. No era de extrañar que cuando Bálint Abády llegó a la universidad, a finales de la década de 1890, los jóvenes ya tuvieran al «tío Ambrus» como jefe.

Todos lo imitaban. Los que se tenían por verdaderos hombres hablaban como él, soltaban tacos con gracia y decían vulgaridades;

los que, por el contrario, hablaban con cortesía eran tomados por lechuguinos, afectados y enclenques.

Ambrus era el líder en todo: gran aficionado a la juerga, salía con frecuencia a pesar de que llevaba casado mucho tiempo y era padre de tres hijos y cuatro hijas. Bebía mucho y a menudo, pero lo aguantaba bien, y cuando iba a Kolozsvár —pues solía pasar largas temporadas en la ciudad— todas las noches se iba de parranda con los gitanos: gran *trinkum*, gran borrachera y velada animada. Los jóvenes, por supuesto, iban con él.

Al reconocer al tío Ambrus, Bálint recordó con viveza cómo le había sorprendido la fiesta constante que entonces estaba de moda y a la que él también se había lanzado aunque no le apetecía realmente.

Si hubiera conocido a esa pandilla de eternos juerguistas siendo un poco mayor —apenas tenía dieciocho años— y no al salir inmediatamente del internado, tal vez habría podido resistir la corriente que los arrastró a él y a László Gyerőffy.

Pero fue incapaz de actuar de otra manera, más aún porque a ambos los trataron como a forasteros, advenedizos, y aunque los dos tenían parentesco con la mayoría, no intimaron demasiado con ellos; no confraternizaron como era lo habitual entre los que se educaban en Transilvania. Esa reserva, esa antipatía latente no era tangible, verbal, ni se materializaba en ningún acto reprochable; sin embargo existía, se notaba en mil detalles minúsculos de la convivencia cotidiana. Sólo a veces alguien borracho soltaba algún comentario: «¡Claro que está acostumbrado a Viena!» o «¡En Hungría eso se hace de otra manera!». Pero eso era todo.

La recepción de László Gyerőffy fue más relajada. Su gran virtud era que sabía tocar bien el violín —había estudiado varios instrumentos durante los años de secundaria—, y en pocas semanas aprendió a tocar como los cíngaros, haciendo turnos con el primer violinista de la banda; en otras ocasiones tocaba el clarinete húngaro. La antipatía hacia él disminuyó algo, pero no desapareció.

En cuanto a Bálint, este rechazo encubierto no cambió nada. Quizá porque no podía nunca emborracharse de verdad, hasta que-

dar inconsciente. Por mucho que bebiera siempre sabía lo que decía, y lo que hacían él mismo y los demás. No podía librarse del crítico despiadado que llevaba dentro y que lo observaba despierto e irónico cuando bailaba al son del violín cingaro con la camisa abierta; cuando él cantaba o gritaba, éste le decía: «Eres un hipócrita, ¿por qué haces el tonto?».

No obstante, siguió el mismo camino durante mucho tiempo. Quería formar parte del grupo, tenía la esperanza de que al final lo dejaran entrar y se olvidaran de que era un forastero; por eso intentaba beber mucho, irse de juerga con ellos, ser un gamberro y llegar al límite impuesto por el guardián que velaba por su alma.

Pretendía mezclarse con sus compañeros, que despreciaban a los enclenques que no bebían o lo hacían con moderación, que no se volvían locos bailando al son del violín, que no se sabían la letra de todas las coplas húngaras, que no tenían una canción cuya melodía les hiciera echarse sobre la mesa mostrando una gran tristeza o, como mínimo, tirar al suelo unos cuantos vasos, o mejor aún destrozarse algunas sillas y espejos. Así actuaba el tío Ambrus, así actuaban todos; y el mejor compañero era el que hacia la madrugada, borracho y melancólico, se sentaba en el regazo del primer violín o le daba un beso al violonchelista.

Los motivaba sobre todo la rivalidad: competir con los demás en ser más hombre es natural entre los jóvenes.

Al día siguiente la mayoría fanfarroneaba de sus gamberradas: «¡Menuda borrachera anoche!». Además se lo contaban a las señoritas, que parecían quedar muy impresionadas por tales hazañas; lo cual no era de extrañar: las chicas, empeñadas en gustar y cazar marido no los tomaban en serio, lo importante era que estos jóvenes se preocuparan por ellas y las trataran bien. Ellas lo asumían con benevolencia porque sabían que mostrando simpatía por tales heroicidades tendrían la suerte de escuchar muy a menudo las serenatas que los jóvenes ofrecían bajo sus ventanas con los gitanos.

Las madres no se escandalizaban. Sus maridos eran de la generación posterior a la revolución de 1848; hombres que siendo jóvenes nobles en los años del absolutismo no pudieron ejercer los

cargos públicos que les habrían correspondido, y que, debido a la ociosidad, a menudo se habían dado a la bebida. Sin embargo, resultaron ser buenos esposos, y si alguno acabó destrozado por el alcohol fue porque su mujer le permitió vivir a rienda suelta. Las madres tenían otra razón para actuar con condescendencia: en Transilvania, a las fiestas con música gitana se invitaba a veces a las jóvenes de buena familia, y era más fácil que se produjeran peticiones de mano si el vino corría. Y si los hombres, en cambio, se emborrachaban solos, al menos no corrían peligro de que les engatusara una cualquiera. Así que, cuando la savia nueva se hallaba gastando su dinero en bebida y música gitana, las madres debían limitarse a especular, y consolarse pensando que al menos no andaban por ahí a riesgo de contraer alguna enfermedad desagradable.

Pensándolo ahora, con una distancia de cinco o seis años, lo comprendía todo con más claridad que durante su época de estudiante. Era cierto que las chicas sentían admiración, o al menos lo aparentaban, hacia los hombres que tenían fama de gamberros. Sólo había conocido a una que fruncía las cejas, oscuras y rectas, y levantaba la barbilla cuando alguien intentaba pavonearse ante ella de semejantes tropelías.

Sólo a una: Adrienne Milóth.

Era una chica con ideas extrañas, independientes. Diferente de las demás en la mayoría de las cosas: no bailaba *czarda*, su tonada favorita era un vals, apenas bebía champán y su mirada siempre reflejaba una seria atención, era amable e inteligente. Cómo había podido casarse con aquel malcarado de Pál Uzdy. «Qué pena que a las mujeres les gusten esos tipos con cara de demonio», pensó, y al recordarlo sintió el mismo disgusto que le invadió sin razón cuando, dos años atrás, se enteró del compromiso de Adrienne.

No eran celos. ¡Oh, no! ¡Desde luego que no!

Cuando le presentaron a Adrienne en la primavera de 1898, él ya cursaba cuarto en la Facultad de Derecho y tenía una aventura con la bonita señora Abonyi. Fue una relación apasionada. El primer *affaire* real de su vida. La persiguió durante meses y, después de pasar por etapas de celos torturadores seguidas de ráfagas de esperanza, ¡el cumplimiento glorioso! En aquella época sus nervios, sentidos y deseos amorosos estaban cautivados por completo.

Frecuentaba la casa de los Milóth pero no buscando amor. Nunca había hablado de ello con Adrienne, ni siquiera surgió ese tema. Entre ellos no había flirteos ni coqueteos. Nunca la deseó ni por un momento, aunque bailaran juntos largamente. A pesar de que estuvieran solos muchas veces, pasaron mucho tiempo juntos y se vieran casi todos los días, nunca pasó nada.

En su círculo no significaba nada que uno frecuentara la casa de una joven. Por un lado, en aquel entonces había mucha vida social en Kolozsvár; por otro, puesto que era una ciudad de provincias y dado su tamaño, uno se encontraba con los demás continuamente.

Las familias más acomodadas de Transilvania pasaban el invierno allí y por las tardes recibían visitas informales. Las damas mayores eran visitadas por un sinfín de nietos, parientes y conocidos, y las casas con hijas mayores por los *señoritos*. Sólo había que esperar a que a uno le llegara una invitación para una comida o una cena. A la hora de la merienda llamaba más la atención que pasaran muchos días sin que alguien visitara una casa que el hecho de que se acudiera a alguna regularmente. Por ello, no se interpretaba como cortejo el que uno se presentara todos los días a tomar café con nata, que en aquel entonces estaba más de moda que el té inglés.

Generalmente, tres o cuatro chicas y cinco o seis chicos formaban un círculo, unidos por algún parentesco o por mera simpatía. Compartían partidos de tenis, meriendas, espectáculos teatrales o excursiones. Los grupos estaban unidos por la afinidad y el interés cordial mutuo.

¡Sí, afinidad! Había una gran afinidad entre Bálint y Adrienne Milóth, pero nada más.

La belleza de Adrienne sin duda influía, pero Bálint pensaba que

ella le gustaba objetivamente, como una joya delicada o un medallón de bronce. Le gustaba su talle esbelto, aunque aún de niña, y su andar ligero pero firme le recordaba la figura de la *Diana cazadora*, el tesoro de la sala Fontainebleau del Louvre. Tenía las mismas proporciones, algo alargadas, la cabeza relativamente pequeña y una cintura flexible inclinada hacia atrás, como la diosa, pues en el cuadro está sacando una flecha de su carcaj. Tenía el mismo paso largo y suave. La misma tez de marfil finamente dorada. La cara, el cuello, los brazos, el escote del traje de noche brillaban con sutileza. Sólo su cabello y sus ojos eran diferentes, porque aquella Diana era rubia y de ojos azules, mientras que Adrienne tenía el pelo castaño y ondulado, como si flotara en una tormenta eterna, y los ojos ámbar.

Era un placer mirarla y mantener con ella charlas interesantes. Tenía ideas originales, particularmente insólitas en una joven. Era, además, muy culta. En sus conversaciones, Bálint no se sentía obligado a evitar temas extraños, referencias históricas y literarias con las que las demás jóvenes se ofendían, pues pensaban que él las citaba con el único objetivo de presumir. Adrienne estaba al corriente de todo, hablaba perfectamente varios idiomas y le encantaba leer, aunque se rebelaba con odio furioso contra la literatura rosa que entonces les estaba destinada a las jovencitas. Se rebelaba porque en el instituto de Lausanne donde fue educada oyó hablar de Flaubert, Balzac, Ibsen y Tolstói, y sentía un deseo ferviente por conocer obras valiosas.

Hablaron fugazmente de todo ello por primera vez cuando cenaron juntos con ocasión del baile de puesta de largo de Adrienne. Desde entonces, él fue cada vez más a menudo a casa de los Milóth.

Fue en aquella época cuando Bálint leyó a Spencer. Le impresionó mucho *Principles of Sociology*, sobre todo el primer tomo, que hablaba sobre la creación de la idea de Dios y la espiritualidad en el hombre prehistórico.

Estaba tan imbuido de esta lectura que sin querer la comentó con la joven y le sorprendió la manera en que ella respondió a sus palabras. Cuando se quedaban solos, sus conversaciones partían de

una sed insaciable de conocimientos. Naturalmente, no se ceñían a un solo tema, sino que tocaban varios, y saltaban de una cosa a otra con esa voluntad de indagar y entender tan propia del pensamiento juvenil. Bálint se acordaba de muchas cosas que le había contado su abuelo —sus afirmaciones sabias sobre los hombres y sus asuntos, su amplitud de miras al valorar el mundo—, cosas que sólo ahora comenzaba a comprender y al margen de aquellas otras que el viejo le explicó sobre las ciencias naturales cuando él era un niño de doce o catorce años. El hecho de ser ahora él quien las explicara le halagaba, y le atraía poder hablar de ellas más profundamente con aquella joven siempre atenta y de respuesta afilada; como si su presencia y sus ojos de ámbar fijados en él estimularan su discurso.

Pasaban muchas, muchísimas tardes conversando, y las horas se les iban volando.

Aunque los días eran cada vez más largos, generalmente terminaban la conversación cuando comenzaba a anochecer. A veces les interrumpía algún invitado que se presentaba tarde, pero muchas veces las veladas concluían de otra manera. La voz escrupulosa, estricta, de la madre Milóth les llegaba desde la puerta de doble hoja siempre abierta.

—¿Por qué estáis a oscuras, «Addy»? Sabes que no me gusta. ¡Enciende la luz!

Adrienne se levantaba sin decir palabra. Se quedaba inmóvil un momento, como si le costara obedecer sin replicar, con la cabeza alta y la mirada perdida en la penumbra, y después, con pasos largos, iba hasta la lámpara de pie y la encendía. Antes de volver, se quedaba de nuevo un momento con las pupilas contraídas, clavadas en la luz.

Bálint no era capaz de recordar los sucesos por orden, no recordaba las palabras ni las frases, sino que le asaltaban las imágenes con todos sus detalles, de forma muy vívida y sin seguir ninguna lógica.

La visión no duró más que un momento.

Le alcanzó otro carruaje. Eran conocidos. Tenía que saludarles, pero desaparecieron de su vista como los reflejos que se borran de la superficie de un lago cuando la brisa suave acaricia el agua.

Cada vez le alcanzaban más y más carruajes, uno detrás de otro. Levantaban una polvareda blanca que se desvanecía lentamente, flotando sobre los campos del camino real.

Llevaban a Vársiklód a toda la compañía que venía de la competición.

Dos caballos overos gordos pasaron por su lado despacito tirando de una carroza abierta. El gobernador saludó a Abády cordialmente, y desapareció entre las nubes blanquecinas.

Por su derecha pasaron otros carruajes, pero a tanta velocidad que sólo reconoció algunas caras en el breve momento entre su aparición y desaparición en la polvareda. Llegó Zoltán Alvinczy solo, encima de un tílburí tirado por una única caballería, seguido por dos carrozas señoriales en las que sólo pudo reconocer a dos señoras: la viuda de Gyalakuthy con su hija Dodó. De golpe, dando unos restallidos terribles, apareció un coche de carrera americano de cuatro ruedas tirado por dos trotones negros rusos que pasó como una ráfaga de viento. Tihamér Abonyi iba en él. Conducía con mucha elegancia, con los codos hacia fuera y las manos cruzadas en el pecho; a su lado iba su mujer, Dinóra, bella y afectuosa, que se volvió para dirigir una sonrisa a Bálint. Entre los voluptuosos labios brillaban sus dientes blancos.

Apenas se posó el polvo apareció otro carruaje por la derecha. Lo arrastraban cuatro caballos bayos grandes y huesudos. No tenían prisa, iban al trote con paso uniforme, se notaba que estaban acostumbrados a interminables rutas, eran caballos de esas tierras, sabían cómo hacer largos recorridos entre estaciones. En cambio, los rusos de Abonyi eran capaces de correr diez kilómetros en veinte minutos con toda su furia, pero una vez se detenían no se los podía hacer avanzar ni a palos. Sin embargo, éstos podían recorrer hasta cien kilómetros al día sin cambiar nunca su trote siempre uniforme, silencioso; iban con alegría.

Abády le tenía cariño a esta raza antigua de caballos transilvanos.

Miraba el carruaje con ojos de experto, y sólo se fijó en los pasajeros cuando la carroza alcanzó al caballo ladero del simón.

En los asientos delanteros iba un señor desconocido con Margit, la hija menor de los Milóth; en los traseros, dos mujeres, la que iba a la izquierda tenía que ser Judith, la mediana, aunque no le vio la cara porque a su derecha iba Adrienne, su hermana casada, que charlaba con ella. Tardó un rato en reconocerla porque su pelo, ese pelo suyo tan característico y que solía llevar siempre suelto, quedaba oculto por un velo que le cubría la cabeza a modo de turbante, y un guardapolvo gris le rodeaba los hombros y el cuello. Su rostro parecía más estrecho debido a que llevaba el velo abrochado a la barbilla. Sin embargo, era ella sin duda, ¡su nariz delicada, casi recta, sus labios gruesos!

Ella también estaría en el baile de los Laczók.

Era natural que Adrienne acompañara a sus hermanas menores porque ya estaba casada, en lugar de que lo hiciera su sosa madre, quien ya había complicado bastante la presentación en sociedad de Addy.

Bálint calculó cuántos años tendrían ahora las hermanas de Adrienne, pues eran unas niñas cuando las vio por última vez. Judith apenas habría cumplido los diecisiete. Margit tendría unos dieciséis. ¿Y ya iban a bailes? Entonces se acordó de su cercano parentesco con la familia de Vársiklód: su madre y la condesa Laczók eran hermanas y pertenecían a los Kendy de Bozsva, de ahí que las adolescentes asistieran a la fiesta familiar.

Esa noche vería de nuevo a Adrienne Milóth. Pero el hecho no le produjo ninguna emoción ni alegría, ni tampoco aquel disgusto silencioso e irracional que le invadió al recordarla. Lo aceptó con indiferencia.

Y pronto le distrajeron los demás coches.

Le alcanzaron otra clase de carruajes. Los señoriales, de dos y cuatro caballos, ya habían pasado. Ahora venían carros de un solo caballo con los campesinos de los pueblos vecinos junto a sus mujeres, apretujados encima de la escala puesta a modo de asiento. Como habían bebido un poco cantaban a pleno pulmón, con alborozo, aunque la escala les fuese traqueteando bajo el culo. Con-

ducían sin orden: unos venían por la derecha, otros por la izquierda, los demás serpenteaban en medio para no ser adelantados. Así hacían las carreras los labradores transilvanos que pretendían disfrutar de las diversiones nobles. Arreaban los caballos menudos, grises y tostados, dándole a las riendas para que corrieran más los malditos rocines.

Entre ellos iban algunos birlochos bajos manejados por mozos en los que viajaba gente de oficio: el notario, el pastor protestante o el pope ortodoxo; sin embargo, los campesinos no les cedían el paso. Por mucho que gritaran ellos seguían alegremente con su carrera.

La polvareda ya era insoportable, una niebla blanca flotaba por todos lados. No se veía ni a dos pasos.

Y de repente apareció un jinete. El «barón chiflado», así llamaba todo el mundo a Gáspár Kadacsay. Llevaba botas y pantalones de *jockey*, arriba el uniforme azul de los húsares húngaros en la cabeza el gorro rojo de los soldados rasos.

Aunque ese día había realizado ya cuatro carreras de obstáculos, no había tenido suficiente y se había lanzado a galope tendido hacia Vársiklód montando un poni rechoncho, roano. Avanzaba silencioso entre los carros dándole tirones a la brida cada vez que veía salir a uno de la densa polvareda. Así iba, entre frenazos y tirones, zigzagueando y esquivando a los demás.

Apenas desapareció entre la nube de polvo se oyeron unos fuertes chasquidos desde detrás. Sonaban como tiros continuos de escopeta. Primero a lo lejos, pero se acercaban a una velocidad vertiginosa. Una voz aguda e imperativa chillaba en falsete superponiéndose al repiqueteo del carro:

— ¡Arre! ¡Arre! ¡Dejadme paso, malditos!

Los campesinos, que hasta ahora no le habían hecho caso a nadie, se desviaron aprisa.

No pasó ni un minuto y al lado del landó de Bálint aparecieron las primeras bestias de un carro de cinco caballos. Tres iban arreados, con los orificios nasales abiertos y las bocas espumeando, seguidos por los otros dos, que iban detrás enganchados a la vara. Pasaron tan cerca que casi rozaron el caballo del simón.

## 32 MIKLÓS BÁNFFY

Aquel carro de fresno, alargado, bajo y ancho, guarnecido con planchas de hierro, llevaba tal velocidad que las ruedas traseras apenas tocaban el suelo, tanta era la fuerza con la que tiraban los cinco caballos del pequeño carro.

«Jóska»\* Kendy iba recto en el asiento de cuero, que se tambaleaba como un columpio suspendido de las correas. Iba rígidamente sentado, con las piernas abiertas, sujetando la pipa de loza entre los dientes. En la mano izquierda llevaba las riendas de los cinco caballos, tensas como el alambre, y con la derecha hacía silbar y chascar el látigo de cuatro puntas, dibujando círculos en el aire al girar el carro.

Enseguida tuvo paso libre porque era bien sabido que lo mejor era no tardar cuando el señorito Jóska alzaba la voz. Era capaz de engancharse a un palo trasero y hacerlos volcar o que perdieran las ruedas los carros menores. Era más sabio dejarlo pasar.

Le abrieron el camino y el tiro de cinco caballos desapareció.

Por fin por la izquierda, detrás de la polvareda, comenzaron a vislumbrarse los chopos italianos.

Era la entrada al palacio de los Laczók.

El simón entró en la alameda y de repente se perdió el repiqueteo de los carros que le habían seguido sin cesar en los últimos treinta minutos.

Sólo se oían ahora los cascabeles y el crujido de la grava bajo las ruedas.

\* Diminutivo de József.